

LA RECEPCION DE ZORRILLA EN LA ACADEMIA

Acontecimientos trascendentales ocurrieron en la Península el año de gracia de 1885, tales como la diferencia con Alemania acerca de las islas Carolinas y la muerte del egregio soberano don Alfonso XII; pero antes de esos sucesos, el treinta y uno de mayo se celebró en Madrid el acto literario más resonante no sólo de ese año, sino tal vez de un decenio: nos referimos a la pública recepción en la Academia Española de don José Zorrilla.

No era ésta la primera vez que la Academia había elegido su individuo de número al poeta romántico, al insigne autor de los «Cantos del Trovador.» Ya en 1848 la ilustre Corporación lo había llamado a su seno pero el poeta desatendió el llamamiento, se ausentó del país, peregrinó largos años por la América Española, y cuando regresó a su patria la elección había sido declarada caduca y sin valor ninguno. Mas no podía a la verdad la Academia resignarse a ver definitivamente borrado de su rol a un vate que había dado tan alto renombre a la poesía castellana en el siglo XIX, y lo volvió a elegir. En esta ocasión no quiso el arisco y caprichoso autor del *Don Juan Tenorio* desoír el repetido llamamiento y resolvió ingresar en las filas académicas. Y como la sala de recepciones del local de la calle de Valverde fue juzgado estrecho dada la importancia del acto, la Academia decidió que él se efectuara en el vasto paraninfo de la Universidad Central.

Pudimos obtener una boleta de invitación merced a la circunstancia de ser el doctor Carlos Holguín representante de Colombia ante S. M. Católica e individuo correspondiente de la Academia Española por serlo

de número de la Colombiana. Y el treinta y uno de mayo de 1885, día ya bastante caluroso en la villa y corte, teníamos asiento en el paraninfo acompañados de los colombianos don Julio D. Mallarino y el doctor Alejandro Cotes que como nosotros, eran miembros de la Legación de Colombia en España.

Ya en el amplio estrado se movían numerosos miembros de las diferentes academias. El anciano conde de Cheste, director de la Academia, ostentando el toisón de oro, ocupaba su sitial lo mismo que don Manuel Tamayo y Baus, secretario perpetuo, autor insigne de *Un drama nuevo* y de *Locura de amor*, Distinguimos también a don Pedro Antonio de Alarcón, autor de *El Sombrero de tres picos*, ya muy corpulento, a don Emilio Castelar, a don José Echegaray y a nuestro jefe don Carlos Holguín. En el salón la concurrencia se apretaba numerosa. Para hacer los honores la Academia había designado al conde de Casa Valencia, apuestísimo gran señor de aspecto anglo-sajón, emparentado con los Valencias de Popayán cuyos antepasados habían llevado el título; a don Víctor Balaguer, escritor y hombre público catalán cuyos *Cuentos de mi tierra* habíamos nosotros leído de niños con agrado; y al joven don Marcelino Menéndez y Pelayo, autor célebre ya de la monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, el cual dejaba ver una sonrisa de satisfacción y lucía en el pecho las dos medallas de académico de la Lengua y de la Historia. Don Marcelino, delgado, nervioso, en la plenitud y orgullo de sus veintinueve años, moviase con agilidad y como que hiciera gala de su simpático y juvenil aspecto; llevaba los cabellos al rape, la barba negra recortada y tenía los ojos muy vivos aunque de mirar un poco distraído. Le vimos conversar alegremente con la condesa de Guaque, después ilustre duquesa de Villahermosa, y con doña Emilia Pardo Bazán, ya aplau-

dida autora de *La cuestión palpitante*, de San Francisco de Asís, y que había creado la dulce y bella figura de Lucía González en el encantador libro *Un viaje de novios*. Doña Emilia, que tenía treinta y cuatro años, era entonces una señora guapa, de facciones finas, regulares y aristocráticas, gastaba lentes de oro y comenzaba ya a entrar demasiado en carnes (1). Don Marcelino habló pocos instantes con una joven señora de Pacheco que era, como le oímos decir, callealtera de Santander lo mismo que él y que la «Sotileza» de Pereda. Todas las damas vestían lujosísimos trajes y se adornaban con joyas de subido mérito. Era que la familia real había prometido asistir al acto, y su llegada, que iba a darle gran realce, era aguardada para dar comienzo a la memorable recepción.

A los acordes de la marcha entró el Rey, a quien acompañaban su esposa doña María Cristina, su madre doña Isabel II, la hija de Fernando VII que era una Borbón de pura cepa, y su hermana la infanta doña Eulalia, rubia, de azules ojos, muy graciosa y de modesto porte. Con las personas reales venían el presidente del Consejo, el insigne hombre de estado don Antonio Cánovas del Castillo y don Alejandro Pidal y Mon, el elocuentísimo ministro de Fomento, ambos académicos, luciendo uniformes de gala. Cedió el venerable director la presidencia al rey, y éste abrió la sesión, después de calmados un tanto los nutridos aplausos y vivas con que fue saludada la presencia del soberano por el distinguido concurso. Y en seguida, con voz clara que resonó distintamente en todo el ámbito del vasto paraninfo, ordenó don Alfonso a don Ramón de Campoamor

(1) Se había escrito este artículo pocos días antes de saberse la muerte de la condesa de Pardo Bazán. Es justicia decir lo que ella dijo cuando murió Alarcón: que las letras castellanas se habían puesto de luto riguroso.

y a don Gaspar Núñez de Arce que se sirviesen introducir al salón al inclito recipiendario. Pocos momentos después en medio de un profundo silencio se destacaron en la puerta del salón las figuras de los tres grandes poetas: Campoamor con sus patillas cortas y cabellos canos, Núñez de Arce con sus ademanes vivos y nerviosos, su barba negra y sus cabellos al rape, y en medio de ellos la inconfundible silueta del Trovador: Zorrilla, muy parecido al retrato que trae la edición de sus obras hecha en París en 1864 por Bandry, pero con la diferencia de que los largos cabellos, negros antes, se habían encanecido y escaseado, lo mismo que el bigote y la famosa perilla romántica. Al ver aquella encumbrada trinidad del genio poético español atravesando el estrado, la enorme concurrencia se puso en pie y los aclamó con desbordado entusiasmo. El Rey mismo batió palmas. Al tributar aquella merecida ovación al autor del *Zapatero y el rey*, al inventor de las *Doloras* y al cantor del *Idilio*, España se aplaudía y glorificaba a sí misma.

Ocupó Zorrilla su puesto y dio principio a la lectura de su discurso. Zorrilla tenía fama de ser el mejor lector de España y no la desmintió en esa ocasión. La Academia le había permitido que compusiera en verso su oración porque al poeta le era más familiar la forma poética que la prosa. Aunque ya cercano a los setenta años, pues había nacido en 1817, la voz del poeta resonaba distinta, sonora en todo el Paraninfo. La concurrencia escuchaba en religioso silencio los hermosísimos versos que la siempre fiel musa de Zorrilla le había inspirado para aquel momento solemne. Sin embargo, cuando el autor de *Traidor, inconfeso y mártir* hizo el elogio del verso, la asistencia no se contuvo y estalló en fervorosos aplausos. Nos aprendimos de me-

moría los siguientes versos que después oímos recitar al doctor Holguín con arrogante entonación:

La versificación es la cuadriga
De corzas blancas con que va a las fiestas,
La góndola de nácar en que boga
Y las alas de cisne con que vuela.
El verso es noble y de divino origen,
De los dioses no más habla la lengua,
Bebe con ellos néctar y ambrosía,
Calza coturno y desparrama esencias.
Sólo en las Academias y Liceos,
Ateneos y templos habló en Grecia,
Y en Roma con Horacio y con Virgilio
Bebió falerno y conversó con César.

Terminada la lectura de Zorrilla, que fue aclamado al final, se alzó a contestarle un caballero delgado, de edad madura, que revelaba ser hombre de cultivada inteligencia: don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, hermano político del gran duque de Rivas. Al mirar detenidamente al erudito y pulcro orador, ¡qué íbamos a sospechar nosotros que el señor marqués de Valmar era el corresponsal a quien don Juan Valera dirigía desde San Petersburgo treinta años antes, cuando hizo parte de la rumbosa embajada del duque de Osuna en la corte de Alejandro II, aquellas inflamadas epístolas, nada inocentes, en que don Juan describe de mano maestra la arrebatada pasión que le inspiró en la ciudad de los Zares la gran actriz francesa Madeleine Brohan! Un estremecimiento de entusiasmo sacudió a la concurrencia cuando al comenzar su discurso, el señor Cueto dijo que era gloria y regocijo de la Academia Española agregar a su copioso catálogo de hombres eminentes, el nombre de don José Zorrilla, «no sólo famoso poeta, sino el más famoso de los poetas españoles del presente siglo.»

Al terminar su discurso el marqués de Valmar, quien sufrió durante su lectura un ligero vértigo que alarmó a los que estaban más próximos a él, se levantó el Rey del trono, e inmediatamente y comenzando por las reinas y la infanta, se puso en pie la enorme concurrencia. El viejo poeta todo emocionado se acercó al Rey quien le impuso la medalla de académico y le dirigió unas breves palabras de felicitación en frases elegantes y con voz sonora y viril que no hacía presumir que quien las pronunciaba había de ser arrebatado por la muerte, pocos meses después, al afecto de sus súbditos. Las palabras de don Alfonso inspiraron un extraordinario entusiasmo y fueron aplaudidísimas, oyéndose las exclamaciones de: ¡Ese es un hombre! ¡Eso es hablar! ¡Viva el rey! y otras semejantes. Después de recibir la medalla, besó Zorrilla la mano de doña María Cristina y la de doña Isabel II quien le dijo con voz clara a Zorrilla que había dado tantos días de gloria a su reinado: «¿Cómo estás, Pepe? Hace mucho tiempo que no te veía.»

Terminado el acto logramos atrapar al vuelo, haciendo prodigios de equilibrista, un ejemplar de los discursos que conservamos cuidadosamente como preciado recuerdo de aquel hermoso día primaveral, uno de los más felices de nuestra juventud remota, en que la Academia recibió en su seno al inolvidable cantor de Granada.

Santa Marta, junio de 1921.

FLORENTINO GOENAGA